

LIBERACIÓN

IMOGEN KEALEY

LIBERACIÓN

Traducción de Albert Vitó i Godina

 Planeta

Obra editada en colaboración con Editorial Planeta – España

Título original: *Liberation*

© Imogen Kealey

© 2019, Heliotrope Entertainment

© Publicado por primera vez en inglés en el Reino Unido en 2019 por Sphere, un sello de Little, Brown Book Group, Londres

© 2020, Traducción: Albert Vitó i Godina

© imágenes del interior: Viktorija Reuta / Shutterstock

© del mapa del interior: Àlvar Salom

© 2020, Editorial Planeta S.A. – Barcelona, España

Derechos reservados

© 2020, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial PLANETA M.R.

Avenida Presidente Masarik núm. 111,

Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

www.planetadelibros.com.mx

Primera edición impresa en España: mayo de 2020

ISBN: 978-84-08-22778-6

Primera edición en formato epub en México: septiembre de 2020

ISBN: 978-607-07-6801-9

Primera edición impresa en México: septiembre de 2020

ISBN: 978-607-07-6819-4

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México

Impreso en México - *Printed in Mexico*

PARTE I
Marsella, enero de 1943

Había sido una mala idea. Muy mala. Maldita sea.

Nancy cerró los ojos unos instantes, agachada tras los restos de un muro derribado, y respiró hondo. El olor de los edificios en llamas se le estaba instalando en la garganta, los ojos le escocían por culpa del humo y empezaba a notar calambres en los músculos después de pasar demasiado tiempo acurrucada en su estrecho escondite. Oyó con claridad las voces de la patrulla alemana que se le acercaba.

—*Auf der linken Seite* —indicaron. «En el lado izquierdo.»

Hasta el día anterior, el muro tras el que se ocultaba había formado parte de una casa, de un hogar. Uno más de los miles de bloques de viviendas de alquiler de ese rincón de Marsella en el que los habitantes menos respetables de la ciudad llevaban años luchando, timando y regateando para salir adelante como fuera.

En esos momentos estaba refugiada en los restos de un cuarto sucio. Llevaba puesto su segundo mejor abrigo y su tercer mejor par de zapatos de tacón alto, que le apretaban demasiado. El cielo despejado de invierno se divisaba a través de lo que había quedado de la primera planta, pero

ese cuarto sólo tenía una puerta. Había cometido un error muy tonto metiéndose ahí dentro para evitar a la patrulla alemana. Los soldados merodeaban por las ruinas mientras sus colegas se dedicaban a colocar explosivos más arriba, en la colina, para terminar de sacar a los viejos habitantes del casco antiguo de sus escondrijos. Iban de casa en casa, y Nancy sabía que ahora era el turno de inspeccionar su escondite. Las pisadas sobre la grava y el estruendo de ladrillos desmenuzados se alternaban con disparos secos que resonaban en las laderas de la colina.

—Han encontrado más ratas, chicos —dijo una voz veterana, seguramente la de un oficial.

—Yo lo que quiero es encontrar al ratón —replicó uno de los hombres, provocando una carcajada general.

La mayoría de los amigos adinerados de Nancy ni en sueños se habrían atrevido a acercarse a aquella zona, ni siquiera antes de la guerra. Era un lugar demasiado peligroso. Demasiado extraño. Pero ella, ya desde su primer día en Marsella, había descubierto las calles estrechas y empinadas del casco antiguo y se había enamorado tanto de ellas como de los pecadores, los borrachos y los jugadores que había conocido allí. Amaba sus colores y sus contrastes, rabiosos y desvencijados, y se había sumergido en aquel ambiente de inmediato. Sin duda había tenido algo que ver con el talento que demostraba para meterse donde no debía, pero que al mismo tiempo le había permitido ganarse la vida como corresponsal en Francia. Y sabía que, siendo australiana, podía soportar la mayor parte de las cosas que las mujeres francesas, tan preocupadas por mantener una buena reputación, nunca harían. Durante los cinco años que habían transcurrido desde entonces, Nan-

cy se había movido por aquellas calles y callejones revirados sin miedo, compartiendo cigarrillos con los chicos de la esquina e intercambiando expresiones soeces con sus jefes. Ni siquiera cuando se había comprometido con uno de los industriales más adinerados de la capital había dejado de ir a donde le había dado la gana. Y no le había ido nada mal. Con el inicio de la guerra, cuando los alimentos empezaron a escasear incluso en los territorios de Vichy, Nancy ya mantenía una buena relación con los contrabandistas de la ciudad.

—¡Está vacía, capitán!

—De acuerdo, pasad a la siguiente, muchachos.

Luego habían llegado los nazis, con sus malos modales, a menudo violentos, y se desmoronó la ficción de que pudiera quedar alguna parte de Francia por ocupar. Más tarde los nazis decidieron que la mejor manera de tratar con los provocadores, los contrabandistas y los ladrones del casco antiguo era quemando sus casas y disparando a todo aquel que no hubiera huido a tiempo.

Así pues, agazapada tras el muro, mientras la patrulla se le acercaba cada vez más, Nancy tuvo que admitir, aunque fuera a regañadientes y sólo para sí misma, que había sido una mala idea acudir hasta allí para llevar a cabo una última misión mientras las tropas de las SS buscaban supervivientes y fugitivos entre los escombros. Había sido una mala idea porque aquellos sádicos en realidad sólo querían atrapar a un miembro de la resistencia, uno que se dedicaba a sacar personas del país y al que habían bautizado como «el Ratón Blanco». Y había sido muy mala idea porque Nancy Wake, además de haber trabajado como corresponsal antes de convertirse en la princesita mimada de

la flor y nata de la sociedad marsellesa, en realidad era también el Ratón Blanco. La idea no sólo era mala: era terrible.

No había tenido elección. Aunque todas las misiones eran importantes, aquélla era realmente vital y tenía que llevarse a cabo ese día sin falta, por mucho que los alemanes estuvieran arrasándolo todo. Había salido de la lujosa mansión que compartía con Henri decidida a esquivar las patrullas y a reunirse con su contacto, dispuesta a conseguir que aquel maldito demonio hecho un atajo de nervios cumpliera con su parte del trato y ella pudiera llevarse lo que había ido a buscar: el paquete que tenía bajo el brazo, envuelto en esa mierda pro nazi de la prensa de Vichy. Le había costado mil francos que había desembolsado gustosa, sabiendo que valdría la pena hasta el último centavo. Si conseguía regresar a casa con vida, claro.

Debía salir de allí. Enseguida. Si la atrapaban y la interrogaban no tendría ninguna posibilidad de llegar a tiempo a la siguiente cita, por mucho que se tragaran el numerito que se había preparado: «¿Por qué yo, agente? Oh, es que me he equivocado de camino cuando volvía del balneario. Qué bien le queda el uniforme, su madre debe de estar muy orgullosa de usted». Durante los últimos dos años había conseguido superar decenas de controles a base de guiños e insinuaciones, con una pizca de *rouge* en los labios y comunicaciones secretas y piezas de radio para la resistencia ocultas bajo el forro del bolso, o pegadas al interior de sus muslos. Pero ese día no podía correr más riesgos, tenía que llegar a su cita.

Dos hombres de la patrulla ya habían llegado al pasillo. Maldita sea. Ojalá pudiera hacerlos salir a la calle de nue-

vo, eso le permitiría escabullirse por la parte trasera del edificio. Era eso o abrirse paso a tiros.

Metió una mano en el bolso, sacó el revólver y se humedeció los labios. No tenía tiempo siquiera para plantárselo. Simplemente tenía que hacerlo. Levantó la cabeza y echó un vistazo por encima de la ventana destrozada para mirar a ambos lados de la calle. La casa de la acera de enfrente hacia el este todavía conservaba parte de la segunda planta, alguien había sido demasiado tacaño con el TNT. Nancy vio una mesa con un jarrón en el centro, en una sala que ya no tenía ni paredes ni techo. La única rosa maltrecha que había en el jarrón se movió levemente con la brisa provocada por el calor del incendio. Estupendo.

Abrió el tambor del revólver, dejó caer las balas sobre la palma de su mano y las lanzó al otro lado de la estrecha calle. Uno de los soldados se volvió con el ceño fruncido al notar el movimiento. Nancy se pegó a la pared de nuevo y contuvo el aliento. Uno, dos... De repente, las llamas alcanzaron las balas y se oyó un primer estallido, luego otro.

—¡Nos disparan! ¡Abran fuego!

Los dos soldados del pasillo se volvieron hacia la calle y empezaron a disparar contra el edificio en llamas. Nancy pudo oler la cordita de sus uniformes al pasar por su lado para huir de la habitación en dirección a la parte trasera de la casa. La patrulla seguía disparando a ese enemigo fantasma cuando ella empujó la puerta trasera para abrirla y echó a correr por el patio estrecho y repleto de escombros que le permitió sumergirse de nuevo en aquel laberinto por el que llegó a la paz relativa que reinaba en la rue de Bon Pasteur. Vacía. Soltó un grito de alegría y bajó corriendo la cuesta, todavía con el paquete bajo el brazo y

sujetándose el elegante sombrero de paja con una mano enguantada, intentando no reír, derrapando por la plaza como un niño en bicicleta.

Hasta que dio con otra patrulla. La fortuna quiso que los soldados estuvieran de espaldas. Casi sin respirar se refugió tras el muro más cercano y retrocedió un trecho de la cuesta sigilosamente. Desde la ventana superior de una casa que quedaba enfrente la contemplaba un gato que parpadeó al verla.

Nancy levantó la mirada hacia él y se llevó un dedo a los labios con la esperanza de que no se diera cuenta de que a ella le gustaban más los perros. Dos pasos más allá, hacia el este, una sombra le permitió intuir una abertura en la calle vacía. Un callejón, apenas lo suficientemente ancho para que pasara una persona y repleto de quién sabía qué porquerías.

Se metió por ahí intentando que su abrigo no entrara en contacto con aquellas paredes tan sospechosamente grasientas, igual que los adoquines del suelo. Menuda peste, ni siquiera las cloacas del mercado de pescado en pleno verano olían tan mal. Respiraba por la boca, ensordecida por los latidos de su propio corazón. Tenía la esperanza de que la criada sabría qué hacer para salvarle los zapatos. Por mucho que le apretaran, no quería tirarlos. Oyó las voces de la patrulla de nuevo. Habían atrapado a un pobre mocoso. Nancy se detuvo para escuchar los gritos de los soldados y la débil voz con la que él respondía. Parecía realmente desesperado, muerto de miedo.

—Vamos, no te amedrentes —susurró ella con los dientes apretados—. Sólo conseguirás que les hierva la sangre.

—¡Arrodíllate!

La cosa no pintaba nada bien. Nancy levantó la mirada hacia la estrecha franja de cielo azul que se abría por encima de su cabeza y se puso a rezar. No era que creyera en Dios, pero tal vez los franceses sí, o el alemán que tenía el arma. ¿Cuánta gente se estaba escondiendo de ellos en las casas de los alrededores? ¿Cuántas personas se daban cuenta de lo que sucedía pero estaban demasiado asustadas para intervenir? Quizá ellos también rezaban. Quizá eso cambiaría el rumbo de los acontecimientos. Aunque quizá no.

Oyó el clic que hizo el cerrojo de un rifle, luego un grito y unos pasos apresurados que subían hacia la callejuela donde ella se ocultaba. El muy idiota pretendía escapar corriendo. La detonación del disparo resonó contra los altos muros. Nancy oyó un resoplido gutural muy cerca cuando la bala lo alcanzó, y volvió la mirada justo a tiempo para verlo caer al suelo con los brazos por delante, hasta que quedó paralelo a su escondite, en medio de la calle adoquinada, con la cara vuelta hacia ella. Madre mía, no era más que un crío. Seguramente no había llegado a cumplir los dieciocho. Se le quedó mirando y pareció como si el chico la mirara también a ella. Tenía la piel aceitunada de la gente nacida bajo el sol de Marsella, los ojos de color castaño oscuro y los pómulos altos. Su camisa de lino sin cuello, del mismo tipo que utilizaban todos los obreros de la zona, estaba desgastada por los lavados con los que una madre devota había conseguido mantenerla blanquísima. La madre, ¿dónde debía de estar? La sangre empezó a encharcarse bajo su pecho, y un fino reguero comenzó a fluir cuesta abajo entre los cantos redondeados del empedrado.

Movía los labios, como si intentara susurrarle algún secreto, pero luego el campo de visión de Nancy quedó bloqueado por las botas de un soldado alemán que se volvió hacia la plaza y gritó algo que ella no acertó a comprender. La respuesta que recibió fue escueta.

El soldado se descolgó el rifle del hombro, accionó el cerrojo y levantó el arma. Retrocedió medio paso y Nancy pudo volver a ver la cara del chico. El mundo entero quedó reducido a esa porción de pavimento, al enlucido amarillo de la pared del fondo, bañada por el sol, y al movimiento de los labios del muchacho moribundo. ¡Bang! Sangre y fragmentos de cerebro esparcidos por la calle. El cuerpo se crispó por última vez y quedó inmóvil para siempre. En un instante el brillo de sus ojos desapareció por completo.

Nancy sintió una oleada de rabia en su interior. Cabrones asesinos sin escrúpulos. Metió la mano en el bolso y agarró el revólver con ira antes de recordar que tenía el cargador vacío.

—¡Mierda! —exclamó el soldado con parsimonia mientras intentaba limpiarse la sangre que le había salpicado el borde de la chaqueta. Había disparado demasiado cerca; la próxima vez tenía que apartarse un poco antes de apretar el gatillo. Levantó la mirada hacia la ventana en la que poco antes había habido un gato y luego examinó la calle a izquierda y derecha.

Nancy no tenía adónde ir. Estaba a punto de ser descubierta, y puesto que no podía matarlo y tendría que salir de aquel atolladero hablando, empezó a repasar su repertorio de excusas y halagos. ¿Fingiría ser una chica asustada? ¿O tal vez sería mejor recurrir al papel del ama de casa francesa escandalizada, con el que era capaz de intimidar incluso

a las SS cuando se ponía a parlotear sobre la fortuna de su marido y las influencias que tenía entre las altas esferas? Le pasó por la cabeza que la mejor forma de defensa bien podía ser el ataque: gritarle a la cara sería un verdadero placer, aunque también una buena forma de exponerse a que le dispararan como al chico.

Procedente de la plaza se oyó otro grito y el soldado se volvió de nuevo. Empezó a descender por la cuesta con el rifle apoyado en el hombro, alejándose del Ratón Blanco, que temblaba de rabia en su escondite.

No tuvo más remedio que esperar, por lo que contó hasta cincuenta contemplando la cara del chico muerto. Uno. Hitler hablando en Berlín, Nancy entre un grupo reducido de periodistas, sin comprender ni una sola palabra pero notando con claridad el entusiasmo y el fervor que despertaba su discurso en la multitud. Había buscado a sus amigos con la mirada, todos corresponsales extranjeros en París, como ella, que también habían acudido a Alemania para ver con sus propios ojos lo que se proponía aquel hombrecito extravagante. Todos eran hombres, mayores que ella y con más experiencia, pero todos sin excepción reaccionaron con tanto miedo y repugnancia como ella. Dos. Viena, matones vestidos con camisas marrones de las SA, destrozando los escaparates de las tiendas judías, arrastrando a los propietarios por el pelo, azotándolos frente a sus vecinos, y éstos volviendo la mirada, o riendo y aplaudiendo. Tres. Polonia invadida, la declaración de guerra seguida de unos meses de espera. Cuatro. Metiendo refugiados en su ambulancia mientras Francia sucumbía a la ocupación. Cinco. Soldados alemanes ametrallando a las mujeres y a los niños que huían. Seis. Henri regresando del

frente, apenado y humillado por la rápida derrota de Francia. Siete. El día que cayó París.

Las imágenes llegaban una tras otra y Nancy cerró los puños con fuerza. Ese día en Viena había jurado que si alguna vez tenía la oportunidad de fastidiar a los nazis la aprovecharía, y todo lo que había vivido desde entonces sólo había conseguido reforzar todavía más esa convicción, y disfrutaba con cada mínima victoria. Creía que Hitler era un chiflado, y que acabaría estrellándose contra la gran roca que era Rusia. Estaba dispuesta a hacer todo lo que estuviera en sus manos para acelerar la caída de ese régimen despiadado y lleno de odio. Sabía que debería limitarse a tener miedo y no hacer nada, mantenerse al margen de los problemas y esperar hasta que Hitler y sus asquerosos secuaces fracasaran, pero estaba demasiado furiosa para sentir miedo, y eso de no hacer nada no entraba en sus planes.

Cincuenta. Ese soldado. El chico, atrapado en la ocupación y destrucción del casco antiguo de Marsella, asesinado por un invasor armado con un rifle. El brillo que había desaparecido de sus ojos. Nancy retrocedió por la calle hasta llegar al mercado sin volverse a mirar el cadáver de nuevo. Un muerto que nunca olvidaría. Abrió el candado con el que había amarrado su bicicleta a una verja, junto a la fuente. Metió el paquete en la cesta de mimbre y empezó a pedalear para dejar atrás el barrio.

Al llegar al paseo marítimo, frente al Mediterráneo, que reflejaba la luz del cielo invernal, se quitó un guante, se inclinó hacia delante y recorrió con una de sus uñas de perfecta manicura el envoltorio de papel de periódico para abrirlo con la precisión de un cuchillo. Quería comprobar

su contenido: una botella de Krug, cosecha de 1928, el champán de la misma cosecha que había pedido Henri el día que se habían conocido en Cannes. Nancy le dio la vuelta al paquete para que no se viera que lo había abierto y siguió pedaleando hasta el barrio elegante de las afueras en el que Henri y ella vivían desde el inicio de la guerra. Necesitaba sobreponerse al impacto de haber visto morir al chico. Levantó el rostro hacia el sol y dejó que la brisa le refrescara la piel. Esos malditos alemanes ofrecían cien mil francos por la cabeza del Ratón Blanco, es decir, por su cabeza, por lo que algo debía de estar haciendo bien. El precio de cien botellas de un champán excelente procedentes del mercado negro. Brindaría por ello, aunque antes tenía que pasar por casa para vestirse para su boda.